

Soy la única estrella de *glam rock* de Chile. Se me considera de culto. He tenido cuatro bandas y he publicado veinte discos. Me he teñido el pelo sesenta y siete veces, con cuarenta y cinco variaciones de colores. Me casé con una supermodelo y con una profesora de literatura. Extrañamente, la supermodelo sabía más de literatura que la profesora, y la profesora tenía un cuerpo cien veces mejor y más elástico que la modelo. En medio de esa extraña paradoja matrimonial tuve cinco hijos, a los que apenas veo ciertos fines de semana. Me infectaron alguna vez de gonorrea. Una vez estuve con Takeshi Osu, mi ídolo y santo personal. Hablamos en un antro de Berlín oriental sobre las mejores formas de destruir habitaciones de hoteles. Una vez lancé un televisor a una piscina. No tengo panza. Voy al gimnasio cuatro veces por semana. No consumo drogas. Antes lo hacía, pero lo dejé. Nunca probé la heroína, en todo caso. Una vez le disparé a un periodista. No acerté. He actuado en la Teletón dieciocho veces. Aparezco haciendo cameos en algunas películas, nada muy importante, a lo más el hecho de hacer de mí mismo, de intepretar casi siempre a alguien en una parada de buses o al invitado excéntrico de una fiesta: el pelo naranja, el acento español con un dejo

galés impostado, una polera blanca con el rostro fluorescente de Osu.

Pero esto no trata de esto.

Esto trata de mi padre.

Mi padre fue profesor universitario. Murió hace un par de años. No fui a su funeral. Yo estaba en Chiloé, en una gira veraniega. Mi mejor fan club es el de allá. A mi padre nunca le interesó mi carrera. Ya estaba jubilado, a la fuerza pero jubilado igual. Antes enseñaba latín y griego en la Universidad Católica. Era un excelente académico, que torturó y mutiló emocionalmente a mi madre hasta que ella se divorció de él cuando yo tenía tres años. Era miembro del Opus, creo. O de algo parecido. Quería ser sacerdote pero por alguna razón nunca ingresó al seminario. Vestía siempre la misma ropa: ternos negros y camisas blancas, viejas corbatas de color concho de vino, indistinguibles, lentes gruesos y pesados que le achicaban los ojos hasta hacerlo parecer una especie de roedor. Un topo, mi padre parecía un topo. Eso nunca nadie lo dijo en voz alta, pero supongo que mucha gente lo pensó. Mi padre era de una fealdad opaca y retorcida. Tan solo superada por su inteligencia o su memoria. Mi padre, pienso ahora, era alguien más memorioso que inteligente. En Chile ambos atributos se confunden. Escribió veinte libros, algunos buenos y otros malos. No he leído ninguno, en todo caso. Opino de oídas. Siento un pavor reverencial al momento de coger uno de esos volúmenes e intentar saber de qué tratan. Cuando murió, heredé su biblioteca completa. Ahora está en el ático de esta casa: medio centenar de cajas que huelen a polvo y humedad, comida presunta para ratones o termitas. Podría hacer una fortuna con ellos, pero no quiero. No quiero ni mirarlos. Mi padre dedicó a ello parte importante de su vida. El resto de su familia –su mujer, sus hermanos, su único hijo– fuimos simplemente satélites de ese afán de conocimiento, meras comparsas a las

que nos dedicó una atención mínima, pausas comerciales o digestivas, trámites nimios en medio de esa agenda organizada de deberes académicos y secretos trágicos, los días libres de un programa de televisión facturado por un canal menor, con una producción barata, donde no sucedía demasiado: las rutinas de un hombre solo que nunca se acostumbró a estar con más gente que los personajes o las voces de sus libros.

La penúltima vez que lo vi, antes de lo que pasó, antes de lo que cuento ahora, fue en 1985, en el último de mis cumpleaños que alcanzamos a pasar juntos. Yo quería que me diera dinero para una caja de discos de Takeshi Osu (la edición de lujo alemana de Golden POP), pero él me regaló un encendedor, un Zippo con sus iniciales inscritas, que también eran las mías, con la funda decorada con una bandera chilena. Un bonito trabajo de artesanía que yo no aprecié para nada y que guardé en los bolsillos de inmediato. Aún lo conservo, pero entonces me dio lo mismo. Por accidente o cábala empecé a llevarlo siempre. Yo tenía veinte años o un poco menos. Esa vez nos peleamos a muerte tomando un café en el casino de la universidad. Apenas entró, me dijo que iba vestido como un marica. Le dije que yo no era marica sino *glam*, que iba a ser una estrella *glam*, que los matices eran leves pero importantes. Yo no era marica, le repetí. Me da lo mismo, dijo él. Pareces un mamarracho. Luego se levantó, dejó unos billetes sobre la mesa y se alejó indignado.

Por años pensé que esa conversación interrumpida era una pelea que había quedado en tablas. Nadie había ganado. Cuando estaba especialmente rabioso pensaba en ello como una especie de victoria pírrica: el rock se imponía como ideología a la estupidez conservadora. No eché de menos a mi padre entonces. No lo echo de menos ahora, tampoco, pero en el tiempo que siguió a esa pelea me sentí alternativamente culpable o orgulloso. También me sentía solo. Como terapia o remedio, recordaba su cara lívida en el café, su nerviosismo

y esa sensación de molestia atroz que se desprendía de sus gestos. Imaginé que sentía vergüenza de mí, de mi actitud *glam*. Yo era un pájaro raro, un perdido. Pensé: A este viejo huevón le da vergüenza su propio hijo, teme a sus amigos de la Obra, tiene miedo de perder la pega y el prestigio. Por eso es que me sentí aliviado cuando se fue. El *glam* es una disciplina difícil, una religión rigurosa. Exige concentración, valor y fe. No tener miedo de nada. Así, supuse que ese encuentro me había liberado momentáneamente y que con los años solucionaríamos nuestros problemas en esa larga cadena de tiras y aflojas que fue siempre nuestra relación. Porque en el fondo era un problema de perspectivas. A mí me interesaba el presente (el *glam* es puro presente, la actualización última del aquí y ahora de todo deseo; es el presente del estilo, el *glam* como el reflejo vaporoso del horror devuelto en un aura vaporosa y brillante, es la negación de la mediocridad por medio de un disfraz estroboscópico y cegador) y el futuro (el *glam* es puro futuro, la aspiración de una utopía *camp*, es moda de ciencia ficción, irreal y terrible en su ansia de devorarlo todo). A él le interesaba el pasado. Mi viejo vivía entre libros, gente y lenguas muertas. Yo, entre guitarras eléctricas y estolas fluorescentes. Pensaba: Tardaremos años en soportarnos y comprendernos, pero al final lo haremos. Eso pensé.

La realidad se demoró apenas un lustro en demostrar que me equivocaba.

En 1990 yo no veía noticias. No me interesaba la tele. Por eso me preocupé cuando la policía vino a buscarme. Estaba en la sala de ensayos, en un viejo galpón de avenida Matta que compartíamos con otras bandas. Ese día no había nadie más. Los otros integrantes de la banda intentaban pulir un par de ideas. Yo leía o luchaba con una letra. No me

acuerdo de qué canción o quiénes eran los integrantes de la banda. Tampoco de qué trataba la letra. Los que tocaban a la puerta eran policías de civil. El bajista pensó que venían por drogas. Fumábamos marihuana de manera rigurosa, y esa amenaza, la llegada inminente y sorpresiva de la policía, era parte de cierta mitología rockera que nos generaba una paranoia necesaria para sobrevivir. Un allanamiento bien ejecutado y listo, todos a la cana. Bastaba un soplo de los vecinos, una llamada anónima, un enemigo que nos la tuviera jurada, y adiós. Pero esa vez no venían por drogas. Venían por mí. Se presentaron, dos pacos de civil y un funcionario inidentificable, y pidieron hablar conmigo. Alguien los dejó entrar a la sala de ensayos. El guitarrista siguió probando y ni se inmutó. Habló el funcionario: Venimos a verlo por su padre. Su padre está en una situación algo delicada y pidió contactarlo, dijo. ¿Está al tanto?

Dije que no, que no me veía con mi padre hacía tiempo.

¿No ha visto las noticias?

No, dije de nuevo.

No veo noticias.

No sé nada.

Vamos a tener que explicarle, dijo el funcionario, aburrido. Tenía con suerte treinta años y mal llevaba un terno y unos zapatos. Me daría cuenta luego, por su forma de hablar, por la manera entre respetuosa e ignorante como se relacionaba con la policía, de que pertenecía a algún partido del nuevo gobierno y no se acostumbraba aún al cargo. Hablaba como si tuviera miedo, pero no quería demostrarlo ante los pacos, que eran tipos duros. Era un experto en eufemismos, también.

Me refirió la situación de manera alambicada, retorcida. Hay un problema en la Universidad, dijo. Su padre ha estado involucrado en un par de incidentes no menores. Incidentes políticos, se entiende, y bueno, necesitamos su ayuda.

¿Qué incidentes?, pregunté.

Bueno, su padre es un académico distinguido, no sabemos cómo está metido en esto.

¿De qué se trata?

Es un conflicto de perspectivas, dijo, difícil de manejar. Hasta ahora no ha pasado nada grave, tampoco creemos que vaya a llegar más allá.

¿De qué mierda está hablando?, dije por tercera vez.

Su padre se tomó la Escuela de Teología, soltó el funcionario.

Hace dos días.

Han insinuado que están armados.

No quieren salir.

No hasta que usted entre, como pidió su padre, dijo el funcionario. Eso es todo. Quiero hablar con mi hijo, dijo. Mi único hijo, recalcó. Los tenemos agarrados de los huevos, así que hagan eso, ubiquen a mi hijo y díganle que venga, dijo mi padre. Mi abuela les dio mis señas, dijo un paco. Una señora agradable, dijo el funcionario, que entonces me preguntó si podía ir con ellos.

Dudé pero fui. Antes llamé a mi madre. ¿Sabías de esto? Sí, algo, dijo ella. Le pedí que me explicara. Ella lo hizo mejor que el funcionario asustado: hacía dos días un grupo de trece estudiantes, encabezado por varios profesores, se tomó la Escuela de Teología. Eran alrededor de cincuenta. Mi padre era uno de esos profesores. Según mi madre, se trataba de una protesta por la asunción del nuevo gobierno. En el grupo, leyó ella, había varios que podrían ser calificados de nazis, incluso entre los docentes. El vocero del grupo, que ha hablado con la prensa, dijo que tu padre y su obra los había motivado a pasar a la acción. Es un orgullo que él esté con nosotros, dijo el vocero. Luego explicó que era un gesto político ejecutado por patriotas. Varias fotos de tu padre han aparecido en la prensa, dijo mi madre. Entrevistaron a sus

colegas. Algunos dijeron que no lo entendían, otros que se lo esperaban, que tu padre había amenazado con algo así.

¿Tú sabías algo?, pregunté.

Mi madre se quedó callada.

No, dijo después de una pausa. Tu padre me llamó varias veces, pero no quise atenderlo.

¿Qué vas a hacer?, preguntó mi madre.

Ir a ver qué pasa. Saber qué mierda quiere. Sacarlo de ahí, que se deje de huevadas si es posible. Luego dije: ¿Por qué no me llamaste para contarme?

Mi madre dijo al otro lado de la línea:

No te llamé porque sabía que iba a querer verte.

Me vestí para la ocasión. Les pedí a los policías que me esperaran y me arreglé para el evento. Comprendí, mientras hablaba con mi madre, que desde ese instante no había atrás. Era una ocasión especial. Uno se da cuenta de esos momentos. Los sufre. O los disfruta. No podía ir de cualquier forma: si iba a ser un mamarracho, debería ser uno rutilante, inolvidable. Pensé en lo que había dicho Takeshi Osu, que tras toda apariencia se esconde un secreto. Pensé en su disco, *Fake disorder*, en cómo Takeshi había interpretado a un demonio estelar que se perdía en las calles de Kyoto. Me vestí, me maquillé pensando en eso, dispuesto a convertirme en ese demonio. Escogí mis mejores ropas: una chaqueta de cuero café claro, una camisa negra con lunares violeta, un pantalón plateado, una corbata con un dibujo fluorescente de Roy Lichtenstein, zapatos de terraplén. Una cadena en la que descansaba un dragón dorado. El pelo lo tenía naranja, corto, casi rapado.

Me miré al espejo. El espejo me devolvió una imagen que no reconocí. Me gustó: ir a ver a mi padre como si fuera otro, un desconocido, alguien a quien él no pudiera

distinguir. Los policías me esperaron una hora. Escuché completo el disco de Osu en la casetera: esa voz seca que pronuncia el inglés desgarrándolo, las guitarras chirriantes surgidas de otro planeta, la idea de una voz que modula canciones sin entender del todo lo que dicen. Esperé que terminara el disco y salí a la calle. Prendí un cigarrillo y subí al auto de la policía.

Llegamos al atardecer. La vieja Escuela de Teología estaba rodeada de patrullas. El funcionario me hizo bajar y luego, durante quince minutos, esperé mientras hacía llamadas. Hablé con un paco; me dijo que hasta ahora no había sucedido nada, pero que de noche se oían cantos en un idioma que él no podía identificar claramente. Latín, dije. ¿Canto gregoriano? No, esos los conozco porque parecen misa; no, es otra cosa, son como entre alemán y árabe. Es una música medio triste, dijo. Miré el edificio, una vieja casona aristocrática venida a menos, desgastada por el paso del tiempo. Un palacio que ya no era un palacio. Sus antiguos dueños habían desaparecido hacía mucho. Los que la habitaban ahora solo estaban de paso. Se habían conservado algunos muebles y objetos decorativos de la familia original: cuadros del diecinueve, pesados escritorios de roble, estantes y cajoneras y sillones apolillados. Cosas que nadie se quiso llevar, cosas demasiado pesadas o demasiado viejas de las que la familia (de rancio abolengo, que había estallado a mitad de siglo para perderse y reproducirse en los guetos de arriba de la Plaza Italia) quiso desprenderse. La gente de la Universidad las aceptó de inmediato.

Después de unos minutos y unas llamadas, el funcionario me dijo que podía entrar. Le di las gracias y le pedí un arma, en broma. Me la negó. Un par de policías me acompañó hasta el antejardín. Escuché a alguien hablar por radio.

Fueron unos veinte pasos, los suficientes para dejar la calle y avanzar lentamente sobre el cemento mojado por la lluvia de la noche anterior. Alguien en la casona abrió una puerta. Adelante, por favor, dijo. Yo me detuve.

Está mi padre aquí, dije.

Sí, lo está esperando.

El tipo no tenía ni veinte años. Se había rapado. Llevaba un arma en la mano, una pequeña pistola. Me dijo que me agradecía el haber venido, que mi padre era muy importante, que sin él no hubieran podido hacer nada. Nadie ha captado el significado de lo que hacemos, de lo que ha diseñado, dijo. Usted no puede imaginarlo, dijo, conmocionado. Luego agregó: Acompáñeme.

Lo seguí. En el camino nos topamos con otros tipos como él, adolescentes con la cabeza afeitada que se saludaban con gestos marciales. Todos iban armados. Algunos llevaban banderas chilenas cosidas a sus poleras blancas. Rapado me ofreció un café. Le dije que no. Me dijo que debía esperar un poco para entrevistarme con mi padre, que estaba ocupado solucionando unos asuntos. Todo estaba en penumbra: Rapado agregó que así era más difícil ser blanco de los francotiradores. Le dije que afuera no había francotiradores. Él me respondió que la especialidad de los francotiradores era ocultarse en los tejados y permanecer invisibles. Citó un manual, un libro sobre guerrilla urbana que había leído. Por eso estamos así, repitió. Las velas le dan un toque más interesante, en todo caso, dijo. Acepté el café. No tenían azúcar. Lo tomé puro. Rapado me contó que su acción iba a marcar el futuro y que tenía un sentido más metafísico que político. Después me preguntó qué opinaba de todo. Le dije que esperaría a hablar con mi padre para sacar una conclusión. Mientras, le dije que el lugar, iluminado como estaba, con velas, no se veía nada mal.

Como un castillo habitado por monstruos, pensé. La

carátula perfecta para mi disco, en el caso de que quisiera ponerme gótico.

Pero no se lo dije.

Bebí ese café en silencio. Hacía frío. Rapado llamó a alguien, un clon suyo: todos se veían iguales, hablaban igual, modulaban de la misma forma. Todos eran estudiantes de teología o filosofía. Algunos querían ser curas, supongo. Citaban frases crípticas, de doble o triple sentido, que pronunciaban con voz profunda, ronca, impostada. Teatrales, actuaban como si los estuviera grabando una cámara inexistente. El clon de Rapado me dio la mano: Gracias por venir, dijo. Es importante que usted esté aquí. ¿Qué le parece todo? Hasta ahora bien, no he podido ver nada. Creo que les falta azúcar, dije. Se nos acabó, pero lo estamos solucionando; podemos resistir todo el año si lo deseamos. No tomamos rehenes porque nosotros mismos somos los rehenes, dijo. Nos ofrecimos como tales. No queremos salir y ellos no quieren entrar, dijo el clon. Es una idea de su padre. Una nueva forma de guerrilla. Es genial. Genera un *statu quo* que nos conviene mucho. Podemos difundir el mensaje. ¿Cuál es el mensaje?, pregunté. Nosotros somos el mensaje, dijo. Cada uno de nosotros. Es difícil de entender. Encarnamos el sentido de esta manifestación. No tiene que entenderlo de inmediato, dijo. Mejor hable con su padre, él es mucho más elocuente que cualquiera de nosotros, aseguró, y luego nos quedamos en silencio, mientras terminaba el café y esperaba durante varios minutos atroces que mi padre me recibiera.

Me llamó después de media hora. Estaba en el segundo piso, en la oficina del director. Rapado me llevó. Dimos varias vueltas por escaleras espectrales, salas de clase vacías, una biblioteca iluminada con velas. No entendí el sentido de las vueltas.

Sí sentí el aire congelado del otoño, la falta de calefacción, la miseria que esos caserones cargan desde siempre. Por un segundo lamenté haberme puesto la ropa que llevaba. No me protegía del frío. Me rodeé el cuello con la estola. Tararéé una canción de Osu: «Debes dejar de pensar para pensar/borra el ego/deja que el que camine sea un espectro». La tararéé en susurros. Rapado hablaba solo pero no pude entender lo que decía. A lo mejor oraba. Mientras más caminábamos y más vueltas dábamos, la casa se volvía más fría. Más oscura. Dejamos las salas atrás, las bibliotecas atrás. Pasamos por un cuarto de escobas, por una pequeña cocina, por una sala de consejo. Saludé a lo lejos a otro profesor que conocía de niño, y que estaba sentado en un pasillo linterna en mano, leyendo un libro, creo que la Biblia.

Lo que pasó: Rapado abre una puerta y ahí está mi padre, sentado en una silla de cuero que le queda grande, iluminado por un candelabro de seis velas, seis cirios que arden y le enrojecen el rostro. Sigue igual, más viejo, encorvado. Un ojo se le ha ido para el lado. Eso es nuevo. Mi padre es estrábico. Deja de leer y me mira. No se levanta. Rapado se queda atrás, le hace una seña que puede ser un gesto afectuoso o un saludo nazi, sale y cierra la puerta. Mi padre pasa el dedo por las páginas, acaricia la hoja, masca el silencio. Espera para hablar. Digo: Hola. ¿Qué mierda crees que estás haciendo? ¿Qué pretendes llamándome? Está la cagada, huevón, la pura cagada. ¿Qué mierda pretendes?, digo. Mi padre no responde. Deja de mirar el libro, me observa. Mira mi ropa. El dragón brilla y refleja la luz de las velas. Estamos a solas. Hace un gesto. Todo esto dura dos, tres, cinco minutos. El tiempo no importa. El tiempo da lo mismo.

Me siento.

Estoy solo en esto.

Estoy solo, congelado, perdido. Nos miramos con mi padre. Está pelado. Viejo.

Tiene las manos gordas, manos de niño, como siempre. Intento recordar alguna canción, alguna imagen, pero no puedo.

Miro hacia el lado.

Mi padre espera algo que no sé qué es pero que yo no puedo darle.

Luego habla.

No es lo que me esperaba. Tarda unos minutos o una hora. Es detallado e impreciso a la vez. Es una confesión y un delirio.

Es insoportable.

Mi padre se refiere a una mosca posada en un maletín de cuero. Habla de gritos lejanos. Habla de patios, de visitas que no reconoce. Habla de un tal Sergio, de una tal Mónica. Habla de unos tales Francisco Javier y Marco Antonio, además de otros dos Antonios. Habla de las radios AM de los años sesenta y de sus shows con orquestas bailables. Habla de Napoleón, de manos metidas en bolsillos que se comen las manos. Habla del papa, de un papa vivo, joven y en movimiento, de los ojos de ese papa que de pronto lo miran con el peso de una santidad que no pudo hacer suya pero que lo quema. Habla de aviones, del atardecer triste de España, de los locales cerrados y de un cortejo fúnebre al que nadie asistió. Habla de sus alumnos, de los que no recuerda el nombre. Fulano, Merengano, Zutano, dice. Gente que está perdida, que está muerta. Habla del reflejo del sol en el vaso de un rector, del esfuerzo terrible de entender sus palabras. Habla de los golpes sobre el piso y las cachetadas que le dieron sus amigos. Habla del legado que construyó, de la libertad, del comunismo. Habla de estrategia. Habla

de libros. Habla de estadios llenos, de mujeres llorando y gritando su nombre. Todas histéricas, anhelantes. Habla del sonido de las balas rompiendo el aire, de un viaje que hizo por el sur, al borde de la Antártida. Habla y dice que se cruzó alguna vez con Pinochet, describe lentamente su cortejo militar como si fuera un poema, mientras recuerda la silueta de los perros siguiendo las motos policiales. De cielos azules y del aroma opaco de las cenizas. Del viaje que hizo para doctorarse en España. Habla de la genealogía secreta de nuestra familia, de los sacrificios, del suave chasquido de un corvo saliendo de su funda. Habla de los carteles con su nombre, de las cámaras a su servicio, la ilusión casi duradera de saberse dueño de los noticiarios, de saberse dueño de la benevolencia, de apretar el terror con el puño. Habla de su guerra secreta. Habla de un bombazo, de los gritos que no lo dejaban dormir, de caras ensangrentadas. Habla de cómo cerró la ventana, cerró los oídos y los ojos, de cómo se cerró a sí mismo. Recuerda una canción que siempre detestó y nunca pudo erradicar. Habla de unos días que pasó en el hospital, antes de que yo naciera, de que él conociera a mi madre. Habla de despertar gritando en la noche y la velocidad con que las enfermeras llegaban a verlo, a salvarlo, a cambiarlo. Esto no puede estar pasando, esto no puede estar pasando, dice que decía. Habla de la noche sobre Santiago, del calor del verano en el edificio donde enseña y trabaja, de la soledad posándose en los agujeros de bala que grita no haber podido borrar, donde viven arañas fantasmas, las mismas de su cuarto en Asturias. Habla de los disparos que siguen sonando en la noche, de las metralletas que rugen como sombras a pesar del toque de queda, del sonido de los helicópteros como única y necesaria ruptura de la calma. Habla del cordón de fuego. De un dragón. De una espada. De un campo sembrado con cruces que se extiende al infinito. Narra un sueño donde vio Roma asaltada por los bárbaros, pero luego Roma era París y

vio el suelo cubierto con una alfombra de soldados muertos, los niños de la patria, y la cabeza de Napoleón pudriéndose en una pica al atardecer, pero luego era Santiago y Napoleón era él. Dice que se despertó del sueño bañado en sudor, asustado como un cabro chico. Habla de su temor a quedarse solo. Miedo a la oscuridad, terror bíblico a los fantasmas. Vuelve a hablar de la bomba, del placer de ver a los viejos amigos que llegan en cortejo para celebrar la desgracia. Habla de cuervos, de que teme al sol, de que siempre se sentirá mejor con lentes negros. No habla de su mujer. Casi no habla de mí. Habla de su venganza. De que la historia lo absolverá, de que nunca lo ha condenado. De que está cambiando el curso de las cosas. Habla del futuro. Habla de la Antártida. Habla de un reino de casas de hierro. Habla del perfil del Presidente, que es el de un pendejo sonriente, el de un bufón de mierda. Habla de la pólvora. Habla de su nombre de nuevo, que no puede ni siquiera pronunciar, del terror que contiene cada letra. De mi nombre, que es el mismo que el suyo y que mis hijos heredarán. Con los dedos traza un acróstico en el aire y luego se ríe. Su risa me hiela. Luego sigue hablando. Dice: Hay una secta, una secta de suicidas. Está en California. Nadie los conoce bien. No hacen escándalo. Son gente como tú o como yo, más bien como yo, dice. A veces me escriben. Compartimos puntos de vista. No es que me vaya a suicidar, pero estoy de acuerdo en ciertos puntos de vista. Algunos son puras estupideces hippies. Creen que son extraterrestres y que van a reencarnar en una nave espacial que los espera en la estratosfera. Esa clase de estupideces. En otras cosas tienen razón. En que la civilización occidental se acaba, está agotada. El colapso es inminente, hijo. Diez, veinte, treinta años a lo más. Pero eso no es lo que importa. Lo que importa es que se van a suicidar a mediano plazo. Son cuarenta y pico. A lo más cincuenta. Llevan planeando el suicidio por años y están haciendo los arreglos para acometerlo. Son fanáticos, fanáticos

silenciosos, son valientes. A ratos creo que son estúpidos. Sus mortajas son un buzo negro y zapatillas deportivas. El líder es dueño de una de las acuarelas de Hitler. ¿Has visto esos cuadros, hijo? Son malos, pero sagrados. Hitler era un mal pintor, un pésimo artista. Pero tenía intuición. Tenía estética. Sus cuadros son fríos. No hay nadie ahí. Son paisajes de hielo, campos verdes o azules, postales de una era que ya fue, que no es, que nunca será. Sus acuarelas son retazos de esas eras. Con el líder de la secta suicida hablamos de eso. Nos escribimos en esperanto, no en inglés o español. Es un ejercicio difícil pero tiene algo de sagrado, porque inventamos una lengua nueva. A veces pasan semanas en que él solo me describe esa acuarela, la infinita comprensión, la terrible paz que le provoca. Dice que cuando se vaya, va a estar mirando la acuarela. Que es el último paisaje del mundo que va a ver, dice mi padre, y se queda callado.

Luego agrega, levantando la mano para indicar una pila de hojas en su escritorio: Está ahí por escrito, es tu legado.

Tu herencia.

Y, mientras dice eso, una parte de mí se siente una mierda.

Pero sucede algo antes. Algo que no espero. Porque mientras mi padre habla y habla, dejo de escuchar. O más bien comienzo a escuchar *de otra forma*. Creo que me divido, me pierdo, mi mente forma pliegues, sistemas de defensa. Mi memoria traza un laberinto, me vuelvo un laberinto. Estoy y no estoy ahí. Es difícil de explicar. Mi padre, al que no he visto en años y que tiene un ojo estrábico y es el líder de una estúpida conspiración nazi o fascista, una estrella para un puñado de idiotas a los que no abrazaron lo suficiente cuando niños, deja de hacerme efecto. Deja de doler. Dejo de tener pena. O miedo. La ropa empieza a protegerme. Hace efecto.

Suspendo el tiempo. Lo controlo. Mi mente traza paredes, trampas, defensas que atrapan a mi padre. Una parte de mí se interna en un laberinto de boj, un laberinto invisible. Mi padre está en un lado del laberinto, yo estoy en otro. Mi mente es una mañana soleada. Y el laberinto es una canción pop: evidente pero a la vez impenetrable. Así funciona mi mente. Dejo de sentir dolor, estoy en dos lugares a la vez. La voz de mi padre es espesa, su garganta está destrozada por el cigarrillo y las clases, por la mala alimentación, por la soledad. Yo lo sé. Me posesiono del espacio. La canción suena en mi cabeza y se ubica entre las palabras y yo camino por el laberinto, por los dos caminos, por un sendero que no es un sendero sino la idea de uno. Y ahí mi padre, el habla de mi padre, no me encuentra. Porque sé esconderme. Sé no estar a la vista. Pero yo puedo verlo. Desde donde estoy observo cómo avanza, cómo renguea, cómo se pierde. Su discurso es claro e iluminado. Pero mi laberinto es oscuro y dorado. Como mi ropa. Como la canción que lo envuelve todo. En mi laberinto sus palabras mueren, caen como hojas secas, se arrugan y se trizan. Y me salvo. Me salvo, pienso, mientras mi padre me mira con un ojo desorbitado y el otro concentrado y me doy cuenta de otra cosa. En el laberinto de mi mente no estamos solos. Están las canciones.

Decenas.

Centenas.

Millares.

Canciones fuera del tiempo. Canciones ajenas. Canciones propias. El espacio entre las palabras de mi padre está repleto de ellas.

La canción sobre un tipo que muere en un accidente. La canción de cuna que una mujer canta en el sur. La balada que alguien escribe en un hotel, con una guitarra imaginaria. La canción que repite como un mantra alguien perdido en un supermercado.

Canciones para matar.

Canciones para hacer el amor.

Canciones para saltar al abismo.

Las puedo escuchar todas mientras mi padre habla. Trato de coger algunas al vuelo.

La canción sobre un automóvil que es en realidad el fantasma de la mujer. La canción que habla de los animales que viven debajo de la tierra. La canción –una ranchera– que un adolescente masca mientras aprende a disparar en un garage lleno de autos muertos.

Todas las canciones de Takeshi Osu, las que ha compuesto y las que compondrá: sus paisajes extraterrestres, los palacios de ruido donde habita, las baladas de amor infrahumanas, todo ese soul distorsionado con espanto, con pena, con alegría; la voz de Osu cantando en inglés, con una mala gramática y un acento mil veces peor, un acento de barriada de Tokio que esconde la rabia, que se viste de honor.

Las canciones que compuse, que compondré. Ecos de melodías, retazos de letras, pedazos de iluminación. Son tantas que se pierden, que se anulan.

Una canción sobre una biblioteca de libros vivos, que se comen a otros libros.

Una sobre un niño perdido en una casa donde hay una habitación blanca: las paredes no se distinguen del cielo o del suelo.

Una canción sobre una adolescente que camina en una salitrera abandonada; está sola, perdida, no tiene a nadie. La canción termina cuando mira las estrellas y le parece estar contemplando una catedral.

Otra canción sobre Berlín: sobre cómo caminar por una muralla invisible, cómo saltar, cómo caerse.

Una canción sobre un elfo carcomido por el deseo.

Una canción sobre el ojo de un delfín, un ojo inyectado en sangre reflejando la cercanía de un agujero negro inminente.

Otra sobre un campo de concentración habitado por ratas y comandado por cerdos y perros.

Canciones sobre el demonio, sobre el deseo, sobre el cielo.

Baladas de amor estúpidas y pobres.

Conciertos épicos.

Orquestas que flotan en el éter.

Canciones secretas, pensé entonces, y miré a mi padre y su rebelión imbécil.

Luego él se calla de nuevo y yo me siento a la deriva dentro de mi cabeza, flotando en mis canciones.

A salvo.

Mi padre me pregunta qué pienso de lo que ha dicho. Le digo que nada. Siéntate, dice. Tenemos que seguir hablando. No me quiero sentar. Para esto todo este jaleo, digo, para esta estupidez. No dice nada. Sostenemos un rato el silencio. Luego él se levanta. Se ve más pequeño de lo que lo recordaba. Respira con dificultad. Rapado espera afuera. Mi padre empieza a hablar de nuevo.

Por eso quiero que te lleves esto, y levantó aquel legajo.

Es tuyo, dijo.

Tu *herencia*.

Llévatelo, susurró cansado, y me miró con el ojo bueno.

Lo miré de vuelta. En mi mente, Osu interpretaba «Burning beyond recognition», una balada sobre una modelo que pierde la cara en un choque de trenes ultrarrápidos y está condenada a vagar por las calles de Tokio silenciosa y sin rostro. Osu la canta en primera persona, con falsete; se le quiebra la voz, que no es la de la modelo sino la de los pensamientos de ella, que en realidad son fragmentos, imágenes de una ciudad hecha de neones trizados. Es la voz, el rostro de aquello que no veremos más. El final es ambiguo.

No sabemos qué hace la mujer, si se va de la ciudad, si se suicida o se queda vagando en silencio.

Cogí el legajo. Lo miré. No tenía título. Hojeé algunas partes. Mi padre estaba loco o enfermo. Lo más probable era que todo lo que hubiera contado fueran mentiras. Pero su revolución de pacotilla no lo era. Los imbéciles rapados estaban ahí afuera, esperando, haciendo guardia mientras hablábamos. Mi padre volvió a su silla. Yo me despedí. Rapado me acompañó a la salida. Fue más rápida que la entrada. No hablamos. Eran las doce de la noche. Afuera seguían apostados los policías y los funcionarios. Hablé con él, les dije. Eso fue todo. Me quiero ir de aquí, dije. Me hicieron esperar un rato. Miré el frontis de la Escuela. Ya no daba miedo. Me pareció más pequeña de lo era. Pasara lo que pasara, todo terminaría pronto. Pedí una taza de té. Deseé tener marihuana. Me dio hambre. Llamé a mi madre y le conté a grandes rasgos lo ocurrido. Omití lo de la secta suicida, los delirios mesiánicos y el ojo estrábico. Le dije que mi padre estaba bien y que yo también, que no se preocupara. Creo que dijo gracias o algo así. Luego apareció un policía que me tomó una declaración somera, me preguntó qué tal la cosa adentro y después me dijo que podía irme.

Vagué por el centro un rato. Me metí en una fuente de soda. Pedí un completo y un shop. Luego volví al galpón. No había nadie. Salí al patio de atrás, que era una especie de vertedero de tarros oxidados y basura industrial. Deben haber sido las tres o cuatro de la mañana. Había sido un día de mierda, un día de locos. Encendí una hoguera con parafina en un tambor. Luego, con el encendedor, le prendí fuego al legajo de mi padre. Quemé mi supuesta herencia, hoja por hoja. Fuego rojo, fuego negro. Me demoré media hora. Cuando terminó, cerré los ojos, sonreí y me quedé mirando bailar los destellos de luz fantasma bajo mis párpados.